

DISCÍPULOS MISIONEROS DAN TESTIMONIO Y COMPARTEN LA FE



SOLÍAMOS PENSAR QUE LA CUARESMA ERA UNA TEMPORADA PARA SACRIFICAR ALGO: DULCES, CIGARRILLOS, TV O CUALQUIER OTRA COSA PLACENTERA. AHORA VEMOS QUE LA CUARESMA ES TAMBIÉN LA TEMPORADA DE HACER ALGO; DE PONER ESPECIAL EMPEÑO PARA INCLUIR EN NUESTRA VIDA DIARIA ACCIONES QUE NOS AYUDEN A CRECER COMO CRISTIANOS LLENOS DE FE.

Proclamación

“No viniste a mi fiesta”, dijo la mujer.

“No recibí una invitación”, contestó su amiga.

“Pero tú no necesitas invitación”, replicó ella. “Deberías saber eso”. Pero su amiga le contestó, “Cuando no recibí invitación no supe qué pensar”.

Esa clase de malentendido muestra lo delicada y frágil que es la dinámica de ser acogedores. Todos captamos los mensajes sutiles que recibimos de otros que nos hacen sentir bienvenidos o no. Sabemos que, a menos que una relación se renueve continuamente, nosotros o la otra persona empieza a perder confianza.

“Hace mucho que no me llamas”.

“No recibí tu tarjeta navideña este año”.

“No recibí tu invitación”.

Compartiendo la Buena Nueva de Jesús directamente

La necesidad de reiteradas afirmaciones de la lealtad de otros viene tal vez de nuestra inseguridad interior. Tenemos que ver

y oír constantemente que somos bienvenidos y apreciados. Pero, tal vez provenga de la necesidad humana de crear comunidad, de crear relaciones—y esto no sucede automáticamente.

Aun en nuestras familias necesitamos decir las cosas y si no, uno empieza a alejarse de los otros. Los esposos deben mostrarse afecto con regularidad; no puede presumirse. Los hijos necesitan ser abrazados, acariciados y queridos. Los padres también necesitan amor y confianza de sus hijos. Cuando no se da, como a veces sucede durante la adolescencia, empiezan a preguntarse si todavía los hijos los quieren. Hasta parece que ya no los conocen.

Si la evangelización ocurre en nuestras relaciones humanas, entonces tiene que ser obvia también. Tenemos que tender la mano, invitar, proclamar. No podemos ser pasivos y confiar que sucederá automáticamente, como si el Evangelio se pudiera diseminar por sí solo. Al igual que las relaciones humanas, el proceso de proclamar la Buena Nueva necesita recibir atención deliberada y consciente.

“Aquí hay dos elementos en acción: *el testimonio*, que es simplemente vivir la fe; y *el compartir*, que es diseminar la Buena Nueva de Jesús de manera explícita... Este plan y

estrategia busca que los católicos de Estados Unidos, como individuos y como Iglesia, compartan mejor la Buena Nueva de Dios” (*Vayan y Hagan Discípulos*, p.6).

En otras palabras, sin descontar la importancia de dar testimonio para la integridad del Evangelio, necesitamos hacer más: tenemos que proclamarlo. O como lo expresaron los obispos de EE.UU., “necesitamos compartir la fe”.

Proclamando nuestra fe

Nosotros los católicos nos sentiríamos mejor si nos dijeran que dar testimonio de la fe es suficiente. Pero los últimos papas nos han dicho que eso no basta. Dar testimonio de nuestra fe por medio de nuestras vivencias, es esencial a la vida católica; pero tenemos que ir más allá de los testimonios para que la Buena Nueva alcance todo su poder en nuestra vida.

Algunas veces no sabemos compartir muy bien nuestra fe. Hay estudios que muestran que menos de un 2 por ciento de católicos participan en alguna forma de compartir su fe con otros (aunque estudios recientes empiezan a mostrar que ese porcentaje está mejorando). Un sacerdote lo expresó de esta manera, “Puedo conseguir que los católicos den de comer a los hambrientos, pero no consigo que compartan su fe”.

Dando de comer al hambriento es una forma de compartir la fe, y los católicos pueden ser generosos dando de su tiempo—pero todo debe parecer muy raro a los otros cristianos. ¿Qué pensarán cuando nunca se les invita a tener experien-

cias del ritual católico o de una convivencia con ellos? ¿Qué pensaría yo de una institución que dice que se interesa por mí y me cuida, pero que nunca me dice que yo puedo formar parte de ella?

Desafortunadamente esa es exactamente la actitud que los católicos reflejan a los demás. “Tú no necesitas invitación”. Es cierto, pero la gente no sabe que serán bienvenidos, especialmente si vienen de otros pueblos o países.

Cada día los católicos están rodeados de personas que no incluyen el Evangelio en sus vidas ni muestran señales de estar en presencia de Dios. Son nuestros vecinos. A veces son miembros de nuestras familias. Tal vez, nos admiran por nuestra fe; hasta es posible que nos hablen de religión. Pero nosotros nunca hemos hecho ninguna proclamación—nunca les hemos revelado lo que nuestra fe significa para nosotros.

Al ir creciendo en nuestra comprensión de lo que es la evangelización—con algunas imágenes que nos agradan y otras que nos parecen difíciles—tenemos que volver a la regla básica del Evangelio: la vida católica exige que demos testimonio de nuestra fe e insiste que invitemos a otros a compartirla con nosotros.

Eso es lo que la evangelización nos pide—testimonio. Que nuestras vidas sean coherentes con nuestras palabras. Que vivamos la fe que profesamos.

Reflexión

Piensa en las personas que compartieron la fe contigo durante tus años de formación católica. ¿Quién sobresale? ¿Cómo compartieron ellos su fe?

Compromiso

Invita a alguien a tu casa o a tu parroquia. Considera esto primeramente como una manera de edificar una relación, pero también como un primer paso a compartir la fe.

Oración

VEN ESPÍRITU SANTO, LLENA EL CORAZÓN DE TUS FIELES. ENCIENDE EN ELLOS EL FUEGO DE TU AMOR. ENVÍA TU ESPÍRITU Y SEREMOS CREADOS DE NUEVO. Y SE RENOVARÁ LA FAZ DE LA TIERRA.